

Luego de haber recuperado su corona, el rey Caspian dirige una aventura para conocer el fin del mundo, en el quinto libro, llamado *La travesía del viajero del Alba*, nombre del barco en el que hacen el viaje. El deseo de conocer la tierra de Aslan lleva a los viajeros a descubrir un nuevo mundo dentro de otro, elemento que termina apareciendo en todos los libros. El sexto libro, *La silla de plata* trae de nuevo a una maldad encarnada en una bruja y responsable del secuestro del príncipe Rilian, heredero de Caspian X. Esta vez, los niños ayudan a rescatar al secuestrado y a liberar a Narnia de un complot para ser dominada. El séptimo libro, *La última batalla*, cuenta el modo como las estupideces de un mono parlante y ambicioso y la incapacidad de un burro para creer en sí mismo, ponen en riesgo la vida del rey.

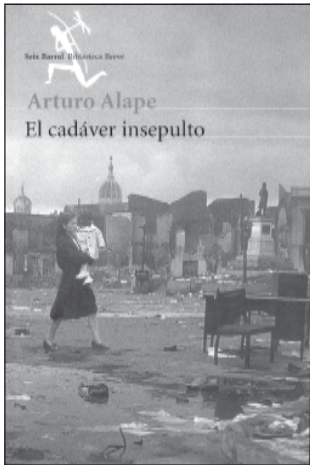
Mucho más que un cuento para niños, pero excelente en este sentido, las *Crónicas de Narnia* son un viaje mágico al interior de la libertad y la creatividad. Magia para crear nuevos mundos, valor para luchar desde el corazón contra la opresión de aquellos que siempre han querido destruir la vida y explotar la inocencia y otras posibilidades desde las cuales entender este mundo contemporáneo, difuso por ser tan real y esclavo de sus propias ilusiones. Se escucha el rugido del León, es hora de la batalla.

El cadáver insepulto de Arturo Alape Un viaje por las huellas de la ausencia

Lida Marcela Pedraza Quinche
Profesora
Departamento de Humanidades y Letras

Cuando leemos la frase *El cadáver insepulto*, no sólo podemos formar con ella un anagrama: *el cada ver in sepulto*, sino que en nuestras memorias podrían persistir las múltiples imágenes de los cadáveres deformados en tantas masacres y hechos violentos que cubren la geografía del país. *El cadáver insepulto* es el título de la última novela del escritor caleño Arturo Alape.

En esta saga literaria que se desprende de la investigación *El Bogotazo, memorias del olvido*, publicada por Planeta, en julio de 2005,



Arturo Alape recrea la historia de la desaparición y el fusilamiento de Ezequiel Toro (Tito Orozco), capitán de la Quinta División de Policía; asesinato que ocurrió después de los sucesos del 9 de abril de 1948, y es contado por Tránsito Ruiz, la viuda de Toro, quien realiza un viaje de cinco años por el país, para hallar las pruebas y encontrar las respuestas al porqué se lleva a cabo la orden de asesinar a su esposo.

«¿Por qué dio la orden de fusilar a mi marido? ¿Quién le ordenó que lo hiciera? ¡Ojalá un día le dé cáncer en la lengua! Ezequiel, mi amor, cuatro años después de mi exclamación vengativa, le dio cáncer en el colon: lo mató la vida. Nadie supo nunca quien dio la orden»¹.

Con estas exclamaciones el personaje femenino le reclama al criminal Cuervo Araoz por qué dio la orden de fusilar a su esposo. Así concluye la novela, después de que el coronel Araoz hace su defensa ante el consejo de guerra. En este relato, los dos personajes que investigan el crimen, la viuda Tránsito Ruiz y el cronista policíaco Felipe González Toledo, aunque persisten en saber de dónde proviene la orden de la desaparición y el fusilamiento, nunca llegan a saberlo.

El cronista judicial Felipe González Toledo es retratado como un redactor con agudo olfato periodístico que no sólo ve lo que pasa y lo escribe, sino que reflexiona sobre su oficio. Por su parte, el personaje Tránsito Ruiz se constituye, para el autor de la novela, en un homenaje a su madre y en el modelo que antecede en América Latina a las madres y abuelas de mayo en la Argentina. Esta mujer anuncia en los primeros párrafos de la novela, que es ella quien va a contar la historia:

Hoy, tarde lluviosa que apacigua el espíritu, después de 35 años, sosegada por la tranquilidad interior de una vejez sin sobresaltos, revivo situaciones cruciales, difíciles de olvidar que, acumuladas en montones de hojarasca húmeda y descompuesta, intentaron enterrar para siempre el árbol de mi existencia.

Ezequiel, el 9 de abril de 1948 fue el comienzo de mi angustioso trajinar por aquella larga espera, semejante a la quietud de la noche azotada por el tiempo, que ocultaba los pliegues de la niebla en tu ausencia definitiva.

Sobre la cama, lecho de recuerdos, querido Ezequiel, puedes observar documentos enviados y las falaces respuestas recibidas de las altas esferas del gobierno en relación con tu desaparición; puedes revisar recortes de prensa ya amarillentos puestos al azar; ver fotografías atrapadas en álbumes familiares y leer tantas cartas que te escribí en horas desoladas y nunca tuve como respuesta una línea tuya, por razones de tu forzosa ausencia [...]»².

¹ Arturo ALAPE. *El cadáver insepulto*. Bogotá: Editorial Planeta, 2005.

² ALAPE, p. 13.

El cronista judicial Felipe González Toledo es retratado como un redactor con agudo olfato periodístico que no sólo ve lo que pasa y lo escribe, sino que reflexiona sobre su oficio.

Para el escritor, estos párrafos significan que la narradora asume el papel de contar la historia en tres tiempos narrativos. En el primer párrafo, escrito en primera persona, Tránsito manifiesta que va a contar la historia; en el segundo párrafo se define lo que va ser su discurso; y en el tercer párrafo se revela que los hechos serán reconstruidos a través de documentos. El nombre de este personaje simboliza el proceso de transitar, ver, y emprender un viaje por el país, y es a la vez la búsqueda del padre a través de la ausencia

Catalogada como histórica, policíaca y, de viaje, en esta novela se busca desenmascarar las verdades y las mentiras de la historia oficial. El tema surge cuando en 1977 el periodista judicial Felipe González Toledo motiva a Arturo Alape a escribir la historia de la señora Edelmira Prada viuda de Orozco. Toledo le dice al escritor: «Tú tienes que escribir la historia de doña Edelmira». Para el escritor esta invitación se convirtió en una especie de sombra, que sólo pudo resolver cuando empezó a escribir la novela en el 2000 y ésta salió publicada en 2005. La escritura de la novela tuvo un proceso de cinco años.

Esta ficción, construida por el escritor casi veintiocho años después de recibir la propuesta por parte del redactor judicial, nace a partir de un conjunto de lecturas acerca de la novela negra norteamericana, de la novela política en América Latina, y de una revisión minuciosa al archivo de prensa del cronista Gonzalez Toledo. Alape también realizó los mismos recorridos de la protagonista.

En relación con el proceso de investigación el autor de esta saga literaria comenta:

Primero seguí la historia de la mujer, de Tránsito Ruiz, en el momento que desaparecen a su marido. Esto comienza en el cincuenta y tres, quiere decir que cuarenta y siete años después voy siguiendo sus huellas. Con la gente que conocía la ruta del tren entre Bogotá y Miraflores, viajé nuevamente en el tren, como siguiéndole la pista a todos los viajes que ella hizo de Bogotá a Sogamoso, de Sogamoso a Miraflores. Luego me fui recorriendo sus propias huellas cuando ella iba recogiendo los datos para el prontuario de quién dio la orden y cómo participaron en el asesinato de su marido, pero también me leí todo lo que había publicado en la prensa Felipe Gonzalez Toledo.

Uno de los personajes de la novela que más le exige al escritor una construcción psicológica, es el asesino Orlando Quintanilla, de quien tan solo sabía de su realidad algunos datos. Para crear el perfil de Quintanilla, Alape no sólo leyó literatura acerca de la Segunda Guerra Mundial, y el proceso de Nuremberg, donde se juzga a los asesinos nazis, sino que para construir el capítulo en que Quintanilla se suicida, se basa en la historia de un austriaco que estuvo recluido en un sanatorio por haber violado a dos mujeres. En relación con el personaje de Quintanilla, el escritor afirma:

En Viena, cuando estoy escribiendo la novela, encuentro algo absolutamente maravilloso que es lo que va a ser el final de ese capítulo, cuando él va a suicidarse. De pronto asisto a una exposición de pintura, es la exposición de un austriaco que estuvo en un sanatorio durante cuarenta años y lo han metido preso desde muy joven, porque había violado a una muchacha y a los dieciocho años había violado a otra mujer, y este hombre comenzó a dibujar con palabras y con números. Pintaba unas palabras repetidas y siempre dentro de las palabras estaba él metido. Este hombre en todo el tiempo que estuvo en el sanatorio hizo alrededor de 25.000 dibujos. Cuando yo vi estos dibujos encontré el momento en que Quintanilla en la novela está escribiendo: yo cumplí la orden uno, yo cumplí la orden dos; partí de la escritura que hacía este loco que estaba pintando, que además fue músico, eso fue una figura muy interesante. Con esto quiero decir que una novela indaga en otras memorias, en otros escritores, en muchos papeles, para construir la ficción.

Así, Arturo Alape reconstruye la historia del cadáver insepulto del capitán Tito Orozco (en la novela Ezequiel Toro) una vez ha indagado en las huellas de la ausencia, y se ha filtrado en la experiencia del cronista policíaco. Para la escritura de esta obra, también se detiene en el cuadro acerca de la violencia, que hace el pintor Alejandro Obregón. Dice Alape «es el cuadro de una mujer que parece una montaña, una montaña insepulta, de ahí parte la metáfora y eso hace parte de nuestra historia».

Por ende, la metáfora del cadáver insepulto no es sólo la del cadáver insepulto histórico, de Gaitán, ni la del capitán Tito Orozco, sino la del conjunto de muertos que no han sido enterrados y de los que no conocemos la verdad de su muerte. El cadáver insepulto es el cadáver in sepulto de nuestra historia, es la imagen continua que permanece en la memoria de Arturo Alape, desde sus diez años, cuando ese 9 de abril de 1948 vio aparecer en su casa de Cali a un hombre que traía su espalda ensangrentada. Imagen que perpetúa en su escritura: *—La ciudad se volvió una gran espalda que corre enloquecida — «recuerda Ezequiel»*³.

³ ALAPE, p.45.